

AL OTRO LADO

Beatriz y Carlos formaban una pareja de enamorados fuera de lo común. El amor que ambos sentían era tan intenso, hondo y puro que podía compararse, sin exageración, al de los más famosos amantes, reales o ficticios, que en el mundo han sido. Carlos solía decirlo: Eran como Virginia y Pablo, como Isabel y Diego, como Romeo y Julieta, como Calixto y Melibea, como Beatriz y Dante... La coincidencia del nombre de la muchacha con el de la musa del monstruo florentino, resultaba especialmente grata para él, que admiraba al poeta.

Beatriz tenía esa belleza serena y sugestiva de las esculturas griegas; su rostro, de perfección clásica, podía en un principio pasar desapercibido, pero conforme la atención se centraba en él, iban descubriéndose rasgos y detalles cada vez más hermosos y atractivos. De sus grandes ojos azules, de su mirada plácida, se desprendían encanto, fascinación, bondad, dulzura y dejaban entrever un alma limpia, ejemplar, como escasamente se da en una criatura. Realmente, Beatriz, era un regalo de la naturaleza y de Dios, que a Carlos le había tocado en suerte. El, consciente de de ello, la adoraba y se sentía feliz, muy feliz, por haber tropezado con un ser como ella.

A Carlos le faltaba sólo un año para terminar la carrera. Tan pronto consiguiera situarse, se casarían sin demora. Entre tanto, soñaba con ese momento, y los días le parecían largos, eternos, cuando no estaba a su lado, y fugaces, brevísimos, cuando gozaba de su presencia. Para Carlos vivir no tenía sentido ni finalidad sin Beatriz. Con ella todo cambiaba: las cosas, las personas, adquirían contenido, relieve, color, vistosidad, sonido, plenitud; sin Beatriz, parecía que una nube gris descendía del infier-

no y el mundo entero quedaba vacío, poblado de sombras fantasmales difusas.

Por fin llegó el instante soñado. Se casaron. Fué una ceremonia y una fiesta familiar espléndidas. Jamás se había visto pareja tan perfecta y compenetrada. Fueron de viaje, recorriendo las más bonitas regiones españolas y europeas. Recuerdo imborrable quedaría en la memoria del joven matrimonio de las horas vividas en Florencia, Roma, Ginebra, Paris, Toledo, Granada Y comenzó para ellos la vida cotidiana, normal, sin que el fuego de la pasión disminuyera en intensidad; por el contrario, creció con el contacto íntimo, en la convivencia diaria. Sabían guardarse respeto y delicadeza; sabían, también, eludir intromisiones excesivas del uno en el otro, dejando siempre un espacio libre al carácter y personalidad de cada cual. El cariño no estorbaba la mutua cortesía en el trato. Tuvieron una hija, tan bella como la madre, y el hecho incrementó la felicidad del matrimonio, si posible fuera.

Un día, como en otras ocasiones, regresaban de un fin de semana en la costa. La carretera, con tráfico escaso, permitía obtener una buena y segura velocidad. Tenían prisa porque la niña se encontraba con fiebre, según les informaron los abuelos en la diaria llamada. El vehículo subía ágil y potente la cuesta que terminaba en el puerto de la montaña, cuando, en la curva última, un camión que marchaba en sentido contrario, por el centro de la calzada, sin que Carlos pudiera impedirlo, solisionó con ellos, precipitándolos por una escarpada pendiente.

Todo transcurrió en segundos. Carlos tuvo la sensación de volar, de hundirse en un vacío sin fondo; más tarde el terreno giró con rapidez vertiginosa, mientras escuchaba ensordecedores ruidos, gritos de Beatriz y recibía golpes por todo el cuerpo. A continuación leves crujidos y silencio, un profundo silencio.... Mareado, semiinconsciente, trató de incorporarse; el dolor agudo que en un principio le impedía respirar, comenzó a desaparecer. Mi

ró hacia Beatriz. Su cara mostraba cortes, magulladuras y sangraba por la comisura de los labios.

- ¡ Beatriz! ¡Beatriz! - gritó

Ella no respondió ni realizaba movimiento perceptible alguno. En ésto llegaron gente que, con esfuerzos, lograron sacar a la mujer del coche y, poco más tarde, introducirla en una ambulancia. Carlos, aún aturdi-do, los siguió llorando y preguntando cómo se encontraba Beatriz, sin que nadie se preocupara gran cosa de él. Se acomodó junto a ella. La ambulancia corría veloz, emitiendo destellos luminosos y el grito hiriente de su sirena.

En el Hospital, con celeridad, la transportaron hasta el quirófano. Carlos escuchó cómo, en baja voz, alguien comentaba : "Parece grave".

El mundo entero se le vino encima. Se desplomó sobre un sillón, - ajeno al bullir y al ajetreo de cuantos le rodeaban. Un único pensamiento existía en su mente : " ¡ Que no muera! ¡ Que se salve!

Las lágrimas manaban de sus ojos como agua de una fuente. Con las manos llenas de rasguños, se tapó las mejillas en tanto, con voz apagada, murmuraba entrecortadamente: ¡ Mi vida por la suya, Señor! ¡ Mi vida por la suya! No existe persona igual a ella.... No debe morir. ¡ Mi vida por la suya!!.... Escúchame, Señor, accede a mis súplicas !

Transcurrió largo tiempo -¿ minutos? ¿ horas? ...- Las puertas del quirófano se abrieron y como blancos y verdes fantasmas, salieron algunos médicos. Se levantó agitado, más antes de que consiguiera preguntar, uno de ellos inquiría a otro que llegaba:

- ¿ La otra víctima ?

- Ahí la llevan - indicó señalando una camilla que empujaban por un pasillo próximo -; no había nada que hacer: llegó muerto.

- ¿ Y la mujer ?

- Está bien. Las lesiones no tienen importancia.

Carlos giró la cabeza instintivamente hacia la camilla que ahora pasaba junto a ellos y, sin comprender nada, atónito, se vió tendido sobre ella, con los ojos cerrados, la faz pálida y llena de hematomas, inmóvil como un muerto.

Perplejo, aturdido, hizo un esfuerzo sobrehumano para poner en orden sus ideas. Se dirigió hacia los médicos para que le explicaran quien era aquel hombre, pero éstos lo ignoraron, no le hacían caso. Gritó con toda la potencia de que era capaz, pero nadie dió muestras de escucharle ni de verlo... Fué, entonces, cuando comprendió lo que sucedía: estaba muerto. Se estremeció como sacudido por una corriente de aire gélido. Después, sobreponiéndose al pánico y al temor a lo desconocido, recordó a Beatriz y, sin dudarlo, exclamó:

-¡ Gracias, Señor !

Y quedó quieto, sin saber qué hacer. La gente deambulaba por el pasillo rozándolo, sin que su presencia fuera notada. Iban y venían, charlotteando unos, precipitados otros. Carlos, casi maquinalmente, enderezó sus pasos hasta el quirófano. Por primera vez experimentó la extraña sensación de inmaterialidad: pasó a través de las puertas cerradas. Allí estaba aún Beatriz, inconsciente, con la cabeza vendada. En el brazo derecho tenía clavada la aguja de un gotero. La miró con pasión y sus manos, sin poder evitarlo, se movieron para acariciar aquel rostro querido. Pero no consiguieron llegar . Algo se interponía impidiendo el contacto con su piel; algo parecido a una envoltura transparente, a un muro elástico, que lo aislaba del entorno. Trató de forzar el invisible obstáculo, sin conseguirlo. Luego, acercándose, susurró:

- ¡ Beatriz! ¡ Beatriz!

Unos sanitarios empujaron la camilla y la llevaron hasta una ha-

bitación donde se encontraba la familia. Allí trató nuevamente de hacerse notar, hablar con sus padres, pero la voz rebotaba en la extraña muralla. Golpeó desesperado, pero sus manos solo encontraban el vacío, el vacío absoluto, pese a que a su alrededor veía a todas las personas queridas y escuchaba sus palabras.

Con una angustia imposible de describir, permaneció en el centro de la estancia, observando y oyendo el desconsolado gemir de su madre. Al cabo de unas horas, Beatriz despertó. Las lesiones eran leves. Sus primeras palabras fueron para preguntar por él. Y aunque los presentes trataron de ocultar la verdad, ella adivinó lo ocurrido y se sumió en una honda desesperación.

Carlos, tan cerca y tan abismalmente separado, quiso consolarla gritándole que estaba allí, a su lado; quería enjugar las lágrimas, que brotaban abundantes, besando sus ojos, más la muralla cruel, irrompible, se interponía siempre. Loco de dolor por el dolor de Beatriz, levantó agresivo los puños hacia arriba, en impotente protesta contra el destino.

- ¿ Por qué ? ¿ Por qué ?

... ..

Pasaron años. Carlos, desde el otro lado de la muralla, había contemplado el crecimiento de la niña, la transformación de la juvenil hermosura de Beatriz, en madura belleza de mujer, que realzaba la inextinguible tristeza de sus enormes ojos. Desde el accidente había estado retirada, sin salir apenas, fiel al recuerdo del marido.

Pese a que desdichadas circunstancias y la poca habilidad del padre, habían provocado que la situación económica familiar se hubiera deteriorado, ella no había cedido a proposiciones ventajosas. Tuvo que trabajar y repeler, de manera casi constante, las apetencias que su atractivo producía.

Carlos, espectador impotente, sufría un suplicio semejante al de Tántalo, sin poder intervenir. En aquella dimensión extrahumana, increíble

é ignorada , sin consistencia física, pero con los mismos sentimientos, deseos é ideas que formaban su personalidad, su ser individual, Carlos había pasado por diversas fases que iban desde el miedo sobrecogedor, hasta la aceptación de un hecho sobre el que no cabían actuaciones o influencias modificadoras. Acabó por habituarse é incluso llegó a encontrar satisfacciones y una cierta forma de felicidad: la de permanecer a todas horas, en todo lugar, junto a Beatriz. Ciertó que no podía comunicarse, ni acariciarla, ni protegerla; más gozaba con verla y con decirle cuanto la quería. Había en ello la loca esperanza de que, por algún fenómeno extraño, llegara a ser audible o perceptible por Beatriz.

Fuera del tiempo y de la realidad, él se había convertido en espectador apasionado de la vida de su esposa. Y sufría cuando ella sufría, y gozaba cuando ella estaba feliz o alegre. El destino, no obstante, no fué favorable ni generoso con ella. A la dramática pérdida del joven marido se unió, poco después, el desastre económico. Y la mala suerte siguió al tropezar con personas ruines que trataron, por todos los medios, de aprovecharse de su persona.

Un antiguo amigo de Carlos, con gran sorpresa para éste, se lanzó como buitre sobre los bienes que aún poseía, abusando de la confianza de los familiares; más tarde, con refinada maldad, pretendió obtener compensaciones deshonestas a cambio de alguna ayuda dineraria, como si se tratara de vulgar ramera. Ante el rechazo y desprecio de Beatriz hubo hasta amenazas físicas, sin que consiguiera arredrar ni asustar a la mujer, que abiertamente le manifestó que prefería morir a entregarse a una persona tan miserable.

Carlos, desde el otro lado, contemplaba los acontecimientos sin poder prestar auxilio ni castigar al malvado. Su espíritu se retorció en horrible desesperación. Intentaba, inutilmente, romper aquéllo que los separaba, o

encontrar un agujero, alguna rasgadura, por los que salir otra vez a la existencia. Y con amargura infinita clamaba :

- Por qué este infierno ? ¿ Por qué no he desaparecido de forma definitiva?

Para Beatriz las cosas empeoraron. Los acosos le venían por todas partes. Su belleza, que hubiera sido un medio para conseguir objetivos, para ella era una rémora, por su sentido de la dignidad. Las pasiones que provocaba podían arrojarla a situaciones incompatibles con su modo de ser y entender la persona. Pero zafarse y eludirlas iba ya siendo tarea difícil.

Carlos, desde el más allá, quería hacerle entender que debería volver a casarse con el único hombre que había demostrado buenas intenciones y amor.

-Ese es bueno, te conviene y te protegerá. ¡No me importa! - decía, sin lograr hacerse escuchar.

Pero Beatriz no olvidaba la promesa que hizo de seguirle fiel hasta la muerte. Meditaba sobre qué medios, para evitar tales complicaciones, serían más eficaces. En este cavilar se pasaba horas y horas sin hallar una salida. Lloraba , entonces, y Carlos, que estaba tan próximo y tan lejano, insistía:

- ¡ No llores, mi vida ! ¡Escúchame ! Cásate con aquel hombre - bueno. Yo seré feliz si te veo segura y feliz.

Todo inútil. Beatriz no podía oírle y hubo un momento, que a él horrorizó, en que intentó desfigurar su bello rostro. Carlos, loco, arañaba la invisible tela que impedía el contacto. Beatriz, sin embargo, no llegó a realizar el propósito. Pero sí comenzó a gestarse en su mente una idea que poco a poco le fué obsesionando: Morir y reunirse así con Carlos.

Un día, en el que la angustia empapaba su alma y una tristeza inconsolable la acongojaba, se decidió a terminar para siempre con el sufrim

miento. Él vio cómo escribía una nota, donde explicaba las motivaciones de una decisión que, incluso estando en contradicción con sus creencias, según su criterio, era la solución única: abandonar el mundo.

Nunca nadie ha padecido tormento más espantoso, cruel e irresistible que Carlos al leer la nota. Enloquecido, furioso, colérico, estaba porrazos con sus inmatenales puños a uno y otro lado, queriendo romper la prisión donde se encontraba; luego corrió palpando arriba, abajo; en todas direcciones, para buscar una salida, un agujero por donde huir. Tarea vana. La agitación, la desesperanza; la rebeldía contra las misteriosas fuerzas que le aislaban, acabaron por hundirle en histéricas convulsiones.

- ¡No! ¡No! ¡ Eso no, Beatriz! ¡ No lo hagas !

Y, por fin, agotado, cayó en un sopor y laxitud intensos. Una oscura nube se esparció por el entorno y sintió cómo la consciencia iba desapareciendo... Todo se borró, y su último pensamiento fué que estaba en el final definitivo....

De repente un dolor agudo en la cabeza lo devolvió a una especie de somnolencia. Luego percibió unos ruidos no identificados, irreconocibles murmullos, distorsionadas imágenes, voces lejanas que se acercaban.... Hizo un esfuerzo por concentrarse y, como en sueños, escuchó la adorada voz de Beatriz. Al tratar de incorporarse fué cuando oyó, claramente, las entrecortadas palabras de su mujer.

- ¡ Está vivo ! ¡ Está vivo!

- ¡ Beatriz ! - acertó a decir apagadamente.

Miró en derredor. Un círculo de personas desconocidas los rodeaban. Beatriz, con la cara llena de rasguños y algunos cortes, estaba a su lado. Llorosa. El coche, boca a bajo, humeaba y sus ruedas giraban libres. Alguien dijo:

- Parece que está bién. Conviene retirarlo, no vaya a explotar el depósito de gasolina.

Lo izaron hasta la carretera. Beatriz, junto a él, no cesaba de preguntarle como se encontraba. Carlos, aturdido, quería poner en orden su pensamientos. Abrazó fuerte, muy fuerte, a su mujer, y le preguntó:

-¿ Pero ésto es real ? ¿ Estamos vivos?... ¿ Cuanto tiempo ha pasado ?.

- Apenas unos minutos.

Carlos recordó los sucesos inexplicables vividos. ¿ Habría sido todo el sueño de su mente ? ¿ Podían, en tan breve tiempo, caber una eternidad de dolor ? ¿ Habia estado en un más allá ignorado ?.... Se estremeció. Apretó a Beatriz contra sí, en tanto corrían las lágrimas por su cara magullada.

MAYO 1947